

# LA AUTODETERMINACIÓN Y SUS CONSECUENCIAS

*Juan Manuel de Prada*

## 1. Autodeterminación

Nuestra época vincula el término «autodeterminación» con un anhelo de independencia política como el que ahora enardece a los separatistas catalanes. Y la gente incauta se piensa entonces que quienes invocan la «autodeterminación» son seres pérfidos que pretenden aberraciones insostenibles. Cuando lo cierto es que el separatista que reclama «autodeterminación» nada en el mismo error filosófico en el que nadan sus contemporáneos; sólo que, a diferencia de sus contemporáneos más timoratos, tiene arrestos para aplicar hasta sus últimas consecuencias la lógica del error. Y es que los errores tienen una lógica implacable; circunstancia que no siempre consideran quienes alegremente los propagan.

«Autodeterminación» es un término filosófico acuñado –¡cómo no!– por Hegel. La libertad había sido definida por Aristóteles como la capacidad humana para obrar con discernimiento moral, para decidir entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto. Pero Hegel, el antiaristóteles por excelencia, proclama en su *Fenomenología del Espíritu* una «libertad absoluta» para la cual «el mundo es simplemente su voluntad». Esta libertad hegeliana ya no actúa conforme a una capacidad para discernir categorías morales externas, sino que se convierte en un poder para realizar su voluntad. Tal poder exige un itinerario que Hegel describe en sus *Fundamentos de la filosofía del Derecho*; y su última estación es la «autodeterminación». La voluntad humana se convierte así en praxis en estado puro: ella es su propio objeto y no reconoce límite exterior alguno. La voluntad

que ha alcanzado la autodeterminación sólo obedece una ley, que es la suya propia, la ley que funda su propio vivir, la ley que es ella misma. Y esa ley no es otra que la «libertad del querer», que es «verdaderamente infinita» (*wahrhaft unendlich*), porque su objeto no es para ella un otro ni un límite, sino que es ella misma.

Esta autodeterminación de la voluntad es un error asimilado por todas (¡toditas!) las ideologías modernas sin excepción. Para todas las ideologías, el hombre tiene libertad absoluta para autoafirmarse, para autodefinirse, para construir su biografía sin otras reglas o límites que su propia voluntad, que no acepta los límites que le impone la naturaleza (por eso puede, por ejemplo, cambiarse de sexo) y mucho menos la Historia (que configura según su «libertad del querer»). El hombre concebido como voluntad autodeterminada es un dogma incuestionable de todas las ideologías modernas. Y los separatistas no hacen sino llevar ese dogma hasta sus últimas consecuencias.

El problema es que una voluntad autodeterminada no puede aceptar categorías ajenas a sí misma (como el bien y el mal, por ejemplo), no puede aceptar límites externos (como el de una soberanía nacional indivisible, que es el dique que pretenden alzar los que alegremente consagraron el error), no puede aceptar que la libertad sea un obrar como se debe, y no un hacer lo que se quiere. Así se llega a la paradójica situación actual, en la que el mismo poder político que jalea las voluntades autodeterminadas tiene que intervenir para evitar el caos. Y, al intervenir, las voluntades autodeterminadas perciben la ley como expresión de un poder brutal y represor que pretende que el individuo piense y quiera lo que quiere y piensa el Estado.

Las dificultades crecientes con las que se topa el constitucionalismo derivan de esta errónea concepción de la libertad humana. Y pretender atajar la implacable lógica de un error que previamente ha sido proclamado como dogma indiscutible es poner tronos a las causas y cadalsos a las consecuencias.

(ABC, 18-IX-2017)

## 2. Autodeterminate

Siempre me ha admirado la desfachatez olímpica de esos liberales de pata negra que se refieren al «derecho de autodeterminación» que reclaman los independentistas catalanes como un resabio de una «sociedad tribal» y «anclada en la Edad Media». Cuando lo cierto es que el concepto de autodeterminación es plenamente moderno e inequívocamente liberal. Sólo la contaminación ideológica que tupe las meninges de nuestros contemporáneos explica que no perciban una evidencia tan gigantesca.

Fue Hegel quien acuñó el concepto de autodeterminación, que es la última estación de la voluntad humana, convertida ya en praxis en estado puro que no reconoce límite exterior alguno. Esta autodeterminación, erigida en «libertad absoluta» para la que «el mundo es simplemente su voluntad», es piedra angular del pensamiento político liberal. Frente a la libertad aristotélica, que es obrar como se debe (apoyando nuestro discernimiento sobre el orden del ser), la libertad liberal permite a los hombres abandonar el orden del ser para desenvolverse en el orden del devenir, donde el hombre tiene libertad absoluta para autoafirmarse, para autodefinirse, para construir su biografía sin otras reglas o límites que su propia voluntad. Así el hombre (¡y la mujer!) podrá, por ejemplo, romper su familia cuando le pete, dejando al otro cónyuge en la estacada y a sus hijos en soledad y llanto, si su «libertad del querer» lo exige (o sea, si su bragueta está inquieta). Así, la mujer podrá liberarse del hijo que crece en sus entrañas y arrojarlo a una trituradora, para que hagan con él albóndigas. Así, incluso, el hombre o la mujer podrán cambiarse de sexo como quien se cambia de camisa.

Esta autodeterminación típicamente liberal que no acepta el orden del ser y se proyecta sobre el devenir también ha amparado procesos políticos lastimosos, como por ejemplo las independencias de las naciones de la América hispánica (nutridas con la ideología liberal de las logias). Pues la autodeterminación siempre ha sido irrestricta y no le ha importado causar infinitos quebrantos y desgracias: no

le importan las familias rotas ni los niños hechos albóndigas ni el jaleo penevular ni, en fin, la destrucción de la comunidad política, como ha probado cada vez que ha favorecido procesos políticos «emancipatorios» o favorecido el desmembramiento de naciones históricas.

La autodeterminación no es, pues, el resabio nostálgico de una «sociedad tribal» ni «anclada en la Edad Media», sino la apoteosis de una sociedad envenenada de liberalismo. Cuando Cataluña no estaba infectada por esta ideología no era una «sociedad tribal», sino muy refinadamente organizada, que amaba y defendía sus tradiciones, a la vez que acataba y se cobijaba bajo la autoridad consentida (y, por lo mismo, limitada) de un rey. Esta Cataluña todavía no corrompida por nefastas ideas liberales regía su vida política por el *pactisme*, que vertebraba la sociedad con una red de pactos que hundían su fundamento en la naturaleza familiar y social del hombre, a la vez que reconocían un orden del ser (su integración en Aragón, después en España) que garantizaba el bien común. Por eso, mientras Cataluña rigió su vida por el *pactisme*, fue leal a sus reyes. Así, Tirso de Molina pudo escribir que Cataluña, «si en conservar sus privilegios es tenacísima, en servir a sus reyes es sin ejemplo extremada».

Luego, el liberalismo corrompería el ser de Cataluña. Resulta, en verdad, hilarante que los causantes de esta catástrofe tengan el morrazo de erigirse en sus sanadores. Pero ellos saben bien que con las masas cretinizadas (;autodeterminadas!), que ya no saben obrar como se debe, se puede hacer lo que se quiere.

(ABC, 11-II-2019)

### 3. Sirviendo al mismo amo

Mucha gente se ha ilusionado en Europa con las nuevas derechas que, frente al entreguismo de los conservadores fanés y descangallados, se oponen a las políticas de género o se declaran favorables a la familia. Se trata, en realidad, de la misma golosina con que los conservadores hoy fanés y descangallados

gallados engatusaban a muchos incautos hace veinte o treinta años; la misma con que los democristianos encauzaron en su día a otros muchos ingenuos hacia los rediles que conveñían al liberalismo.

En su encíclica *Quadragesimo Anno* (1931), Pío XI advertía que «aun cuando la economía y la disciplina moral, cada cual en su ámbito, tienen principios propios, es erróneo que el orden económico y el moral estén distanciados y ajenos entre sí». Cinco años antes, en *The Outline of Sanity*, ya denunciaba Chesterton el error trágico que estaban cometiendo muchos católicos, dejándose arrastrar por intoxicadores que les metían miedo con el comunismo, mientras el capitalismo imponía «una civilización igualmente centralizada, impersonal y monótona», capaz de «crear una atmósfera y formar una mentalidad» rabiosamente anticomunitarias, antifamiliares y antinatalistas. Posteriormente, en *The Well and the Shallows* (1935), Chesterton desarrollaría esta tesis, afirmando que «lo que ha destruido la familia en el mundo moderno ha sido el capitalismo: ha sido el capitalismo el que ha arrasado hogares, alentado divorcios y despreciado las viejas virtudes domésticas; ha sido el capitalismo el que ha provocado una lucha competitiva entre los sexos; ha sido el capitalismo el que ha destruido la autoridad de los padres; ha sido el capitalismo el que ha sacado a los hombres de sus casas en busca de trabajo...», etcétera.

Parfraseando a Chesterton, podríamos añadir que lo que ha traído las políticas de género y, en general, todas las ideologías de disolución familiar y comunitaria ha sido el capitalismo. O, más exactamente, la ideología liberal que, con su exaltación del individualismo y la autodeterminación, ha dado forma y sustancia al capitalismo. Esta evidencia denunciada por Chesterton la proclama exultante Walter Lippmann, uno de los padres del neoliberalismo, en su obra *The Good Society* (1937): «Se ha producido una revolución en el modo de producción. Pero esta revolución tiene lugar en hombres que han heredado un género de vida enteramente distinto. Así que el reajuste necesario debe extenderse a todo el orden social por entero. [...] Debido a la naturaleza de las cosas, una economía dinámica

debe alojarse necesariamente en un orden social progresista. [...] Los verdaderos problemas de las sociedades modernas se plantean sobre todo allí donde el orden social no es compatible con las necesidades de la división del trabajo. Una revisión de los problemas actuales no sería más que un catálogo de tales incompatibilidades. El catálogo empezaría por lo heredado, enumeraría todas las costumbres, las leyes, las instituciones y las políticas y sólo se completaría después de haber tratado la noción que tiene el hombre de su destino en la Tierra y sus ideas acerca de su alma». Otro padre del neoliberalismo, Louis Rougier, lo establece también taxativamente en *Les Mystiques économiques* (1938): «Ser liberal es ser esencialmente “progresivo”, en el sentido de una perpetua adaptación del orden legal a los descubrimientos científicos, a los progresos de la organización y la técnica económica, a los cambios de estructura de la sociedad y de la conciencia contemporánea». El triunfo del capitalismo, de hecho, se funda en esa «perpetua adaptación» de los hombres al divorcio, al aborto, al desprestigio de las virtudes domésticas, a la lucha de sexos, a las políticas de género. El triunfo del capitalismo no sería, en fin, ni siquiera concebible sin el sometimiento de los pueblos a sus destrozamientos antropológicos.

Esta evidencia ha sido siempre ocultada por las derechas, que han atemorizado a sus adeptos con el fantasma del comunismo, hoy trasmutado en «marxismo cultural» (que no es otra cosa sino liberalismo consecuente). La derecha que se declara favorable a la familia, o contraria a las políticas de género, a la vez que aplaude el orden económico capitalista y la ideología que lo conforma es tan mentirosa como la izquierda que clama contra el capitalismo, a la vez que se entrega denodadamente a la destrucción de la familia y de los vínculos comunitarios. Ambas sirven al mismo amo, a la vez que satisfacen los mecanismos de la demogresca, que necesita negociados de izquierdas y derechas para mantener enzarzados a los pueblos (o a las masas amorfas en que los pueblos degeneran, una vez destruidos los vínculos que los hacían fuertes).

(*XL semanal*, 21-I-2019)

#### 4. Feminismo liberal

Me ha regocijado mucho la polvareda de discusiones meas que se ha suscitado en torno al concepto de «feminismo liberal». En medio de mil argumentaciones ineptas he escuchado, incluso, a un ministro afirmar que tal expresión constituye «un oxímoron». ¡Aquí se perciben los efectos estragadores de una formación deficiente, ayuna por igual de doctrina política y de preceptiva literaria! Pues la expresión «feminismo liberal» no es un oxímoron, sino un pleonasma como un castillo.

El liberalismo, despojado de farfollas retóricas, no es otra cosa sino exaltación del individualismo y la autodeterminación; promesa de emancipación de todas las cadenas que no es, a la postre, sino ruptura de los vínculos comunitarios que nutren y arraigan a los seres humanos (incluido el vínculo original que los une con su Creador). Esta autodeterminación que nos propone ser dueños de nuestra biografía, construyéndola a nuestro gusto, sin sometimiento a otra ley que no sea la de nuestra voluntad es, en realidad, el alma del liberalismo; y encuentra su plasmación fetén en todas las ideologías de la identidad que engatusan a sus adeptos con una promesa de endiosamiento (o, como se dice ahora, «empoderamiento»), para uncirlos más fácilmente al yugo. Y es que el mal, cuando es sofisticado y protervo (o sea, el mal propiamente dicho) necesita ofrecer a quienes anhela destruir una golosina que los contente, como a Fausto le ofreció la eterna juventud.

Nos enseñaba Castellani que la libertad preconizada por el liberalismo no tenía otro fin sino «servir maravillosamente a las fuerzas económicas que en aquel tiempo se desataron». Y es que, en efecto, el capitalismo necesitaba para prosperar que la institución familiar se sometiese a la organización económica; necesitaba que los trabajadores tuviesen cada vez menos hijos, para que los salarios descendiesen hasta un nivel mínimo de subsistencia (según preconiza la «ley de bronce de los salarios» de David Ricardo) y su imposición no se tropezase con resistencias (pues lo que hacía fuertes a los trabajadores era la cohesión familiar y el sostenimiento de su

prole). Así Jean-Baptiste Say, en su *Tratado de economía política*, afirmará que el trabajador idóneo es el soltero, puesto que no necesita mantener una familia; y que el sistema capitalista no logrará triunfar hasta que no se consiga que una mayoría de trabajadores reduzcan al máximo su prole. En este combate contra la institución familiar, que siempre el liberalismo disfrazó de batalla a favor de la «libertad individual», el feminismo iba a convertirse pronto en instrumento eficazísimo. Quien primero lo expondrá descarnadamente es John Stuart Mill, que como otros liberales maltusianos (¡otro pleonasmó!) quería que la población trabajadora aceptase una «restricción voluntaria del incremento de su número» (y, por lo tanto, una restricción de sus salarios). Stuart Mill entendió astutamente que, para que esa «restricción voluntaria» se impusiese, convenía enviscar a la mujer contra el hombre, avivando en ella la conciencia de agravio y exaltando su vocación profesional en detrimento de su vocación de maternidad. De ahí que, en la polvareda de discusiones memas suscitada en torno al pleonasmó «feminismo liberal», la hilaridad mayor me la hayan provocado quienes afirman que mediante el feminismo se combate el capitalismo.

Pero ya Pasolini nos advirtió que «la revolución neocapitalista se presenta taimadamente como opositora, en compañía de las fuerzas del mundo que van hacia la izquierda». Así la izquierda se convierte en el tonto útil del capitalismo.

(ABC, 11-III- 2019)

## 5. Muerte digna

Se nos avecina en los próximos años una campaña formidablemente virulenta en favor de la legalización de la eutanasia que, en puridad, sus promotores podrían ahorrarse. Pues la legalización de la eutanasia es la consecuencia inevitable del derecho a la autodeterminación consagrado por el liberalismo. El hombre endiosado por el liberalismo reivindica el pleno derecho de propiedad sobre sí mismo, el derecho a gozar y disponer de sí mismo sin cortapisas. Este derecho de autodeterminación le permite, por ejemplo, romper su



familia, vaciar sus entrañas de intrusos gestantes o cambiarse de sexo según le susurre al oído su fantasía penevular de temporada. Y, por supuesto, le permite también expulsar de su vida el sufrimiento; o, si no puede hacerlo, expulsar del sufrimiento su vida, matándose o exigiendo que otros le maten. Para el liberalismo, la verdadera naturaleza del hombre es –citamos a Hegel– la «libertad del querer»; o sea, la voluntad soberana imponiéndose sobre la naturaleza de las cosas.

Así, el hombre autodeterminado puede dictaminar que una vida que comporta sufrimientos no es una vida «digna»; pues, según su voluntad codiciosa de bienestar, todo lo que nos aleja del placer no es «vida digna». E, inevitablemente, exigirá que el ordenamiento jurídico le garantice el «derecho» a esa «vida digna», permitiéndole deshacerse de su consorte, del hijo que crece en sus entrañas, de su pene o vulva y hasta de su misma vida, cuando no reúna las condiciones de «calidad» exigidas por su voluntad. Para el hombre autodeterminado hay, por supuesto, un «derecho a la vida», pero no una correlativa «obligación de vivir». Y allá donde los derechos no tienen obligaciones correlativas ya se ha instalado el más absoluto nihilismo filosófico, moral y jurídico.

Pero no quisiéramos convertir este artículo en una mera execración del liberalismo. Quisiéramos denunciar también la colaboración del catolicismo pompier en la progresiva aceptación social de la eutanasia a través de la doctrina llamada «personalismo», que entiende que lo constitutivo de la persona es la libertad de elección y su actividad autocreadora. De este modo, el hombre se «hace» digno actuando libremente de un modo personal, mediante obras o actos a través de los que conquista su personalidad. El personalismo no se cansa de invocar, a modo de disco rayado, la «dignidad humana» que se realiza a través de actos libres, en lugar de distinguir –como hacía la filosofía clásica– entre una dignidad «ontológica» (la que tiene cualquier ser humano por el mero hecho de ser) y una dignidad «moral» (la que el ser humano adquiere o pierde según la naturaleza de sus acciones). Pero el personalismo borró esta diferencia fundamental, fundiendo en una la dignidad ontológica del hombre con su dignidad moral y convirtiendo la libertad humana

(en sí misma, independientemente del fin hacia el que se ordena) en «digna». La persona, de este modo, se convierte en un valor absoluto desde el punto de vista moral, con independencia de la naturaleza de sus acciones. Así, el personalismo católico se convirtió en el tonto útil del liberalismo, que pudo encumbrar la «dignidad de la persona humana» como fundamento de los ordenamientos jurídicos y de los programas políticos. Y así se abrió la puerta a que la eutanasia fuese calificada de «muerte digna»; pues es una muerte libremente elegida por el hombre.

Y con estos presupuestos falaces, en los que el liberalismo y el personalismo católico van juntitos de la mano, la legalización de la eutanasia será coser y cantar. Aunque, por supuesto, liberales y católicos pompier nos dirán, una vez legalizada, que se trata de una nueva aberración del «marxismo cultural».

(ABC, 15-VII-2019)

## 6. Inevitable eutanasia

Cierta derecha quiere hacer creer a sus adeptos que el llamado «marxismo cultural» está imponiendo una agenda contraria a la familia y la vida, con el evidente propósito de evitar que reparen en la auténtica filiación de esta agenda. Pues el llamado «marxismo cultural» no es, en realidad, más que liberalismo consecuente; y si los progresistas se muestran más voluntariosos y pugnaces en llevar a cabo esta agenda que los melindrosos y timoratos conservadores es porque las dinámicas propias de la revolución así lo exigen. Los progresistas son la vanguardia que avanza abriendo brecha; los conservadores la retaguardia que consolida los avances.

Reparemos, por ejemplo, en la eutanasia que está a punto de imponerse por ley. Nuestros antepasados soportaban con mayor o menor resignación el sufrimiento causado por la enfermedad porque creían que, además de completar los sufrimientos del Dios que se hizo hombre por su salvación, ese sufrimiento era una fruslería, comparado con la bienaventuranza que les había sido prometida tras la muerte. Y,

para ayudarles a sobrellevar el sufrimiento, nuestros antepasados contaban con una comunidad que cuidaba de ellos y les brindaba consuelo. Pero el liberalismo impuso la premisa de que somos más plenamente humanos cuanto más nos liberamos de toda tradición y comunidad; o, en todo caso, cuando elegimos la «tradición» y la «comunidad» que nos apetecen, desde una posición de completa autonomía. Inevitablemente, en este nuevo contexto el sufrimiento es algo por completo absurdo que, además, se erige en una amenaza flagrante a nuestra autonomía personal. El hombre autónomo (¡autodeterminado!) que nace con el liberalismo se rebela contra el sufrimiento que regía en el viejo mundo gobernado por Dios; pero para ello debe reemplazar él mismo a Dios, tomando el control del destino humano. La confianza en la voluntad de Dios propia de nuestros antepasados se transforma en confianza en el conocimiento humano y en los avances científicos y tecnológicos que tal conocimiento procura.

Así, la medicina deja de desempeñar el papel que durante siglos o milenios se le encomendó, que fue la «cura» (en el sentido de «cuidado») de las personas enfermas; y se le asigna la misión de «cura» (en el sentido de «eliminación») de la enfermedad. El hombre moderno ya no necesita una comunidad que lo cuide cuando esté enfermo (y, cuando la necesita, descubre que no la tiene); y exige avances científicos y tecnológicos que le confirmen que la enfermedad puede ser eliminada, para poder tener el control de su destino. La enfermedad, para el hombre moderno, se convierte en un sinsentido que debe ser erradicado por nuestra racionalidad plasmada en los avances médicos. Pero, ¡ay!, resulta que todos nuestros avances médicos se muestran impotentes ante muchas enfermedades, que todos nuestros remedios se muestran ineficaces ante el sufrimiento. ¡Pero no podemos permitir que la ciencia se declare impotente! ¡Tenemos que hacerla potente al precio que sea! Nuestros antepasados sabían que llegaba un momento en que los médicos ya nada podían hacer por nosotros; y entonces había que esperar la muerte o el milagro. Nosotros exigimos a los médicos que actúen, para demostrar que la ciencia no es impotente ante nuestro sufrimiento. Puesto que lo hemos confiado todo al

poder ilimitado de los avances científicos y tecnológicos alcanzados por el conocimiento humano, debemos someter nuestra vida a estos avances. Y si la medicina no puede procurarnos una cura, al menos debe procurarnos la muerte. Si la ciencia y la tecnología no pueden eliminar nuestro sufrimiento, ¡exigimos que nos eliminen con él! Antaño, cuando existía comunidad, la compasión exigía a quienes contemplaban el sufrimiento compartirlo; en el mundo instaurado por el liberalismo, la compasión exige eliminar el sufrimiento, aunque sea matando al sufriente, para demostrar que ejercemos un control absoluto sobre nuestro destino, para demostrar que podemos elegir libremente el momento y las circunstancias de nuestra muerte. Y así, además, a la vez que eliminamos el sufrimiento eliminando a los sujetos que lo padecen, logramos olvidar que nuestra pretensión de eliminar la enfermedad era quimérica.

La eutanasia es la respuesta lógica e inevitable del hombre moderno, cuando descubre que su pretensión de controlar su destino es un fracaso, cuando comprueba que la ciencia no lo ha liberado del sufrimiento y, en cambio, lo ha dejado más tirado que un perro, sin autoridad y sin tradición, sin Dios y sin comunidad. La eutanasia, en fin, es la estación final del hombre endiosado por el liberalismo.

(*XL Semanal*, 9-IX-2019)

## 7. Nación de naciones

Ha provocado gran polvareda una entrevista que me hicieron en el diario *La Vanguardia*, en la que confronto el concepto tradicional de nación con el concepto liberal, a la vez que denuncio la incapacidad de la Constitución de 1978 para enfrentar la crisis catalana. O sea, lo mismo que hemos defendido en decenas de artículos.

Llegué a pensar que el entrevistador, el excelente Xavi Ayén, habría tergiversado mis palabras. Pero lo cierto es que, salvo la elección de un llamativo titular que sacado de contexto pudiera malinterpretarse, Ayén recoge con encomiable esfuerzo sintético mis declaraciones. Incluso tiene la

gentileza de advertir que los conceptos que utilizo deben entenderse a la luz del pensamiento tradicional, que considera «naciones» a los pueblos ligados por una religión propia, por leyes e instituciones propias, por tradiciones propias, por una lengua y una literatura propias, etcétera. Los catalanes siempre fueron, desde la baja Edad Media, considerados una «nación» como una catedral: así son designados en multitud de crónicas hasta el siglo XIX; y así también por todos nuestros autores clásicos, desde Miguel de Cervantes a Baltasar Gracián, pasando por Tirso de Molina. Para el pensamiento tradicional, España se constituye como una «nación de naciones» que –como señala Vázquez de Mella– «han confundido parte de su vida en una unidad superior (más espiritual) que se llama España». En una fecha tan próxima como 1992, el gran jurista Juan Vallet de Goytisolo exponía esta tesis en un iluminador artículo publicado en ABC, donde explica la génesis de España como una «nación de naciones», fácilmente distinguible de la «nación de Estados» (como los Estados Unidos de América) o el «Estado de naciones» (como la extinta Yugoslavia).

Esta constitución histórica de España como «nación de naciones» será destruida cuando se imponga la visión liberal de nación, que incorpora conceptos tan disolventes como el de la soberanía bodiniana y hobbesiana y el de la autodeterminación hegeliana. Así se propicia la lamentable confusión moderna entre el Estado y la nación que alimenta los anhelos de los separatistas, quienes ven en España un «Estado de naciones» en el que Cataluña está integrada, como podría integrarse en otro o bien autodeterminarse y constituir un Estado catalán. Frente a este virus corrosivo, el Estado español sólo puede defenderse con instrumentos tan ineficaces como el artículo 155, que además de ser una puerta abierta a la discrecionalidad (y, por lo tanto, lo contrario a lo que algunos, llenándose la boca, llaman «Estado de Derecho») en ningún caso sirve para establecer una auténtica comunidad política, que –como nos enseña Aristóteles– sólo puede subsistir cuando se funda en la deliberación, lo que exige: amistad entre sus miembros (*homophilia*), concordancia de pareceres (*homonoia*) y justicia política (*to diakaion politikê*).

Nada de esto garantiza un concepto de nación que asume la ontología antagónica del hegelianismo, caracterizada por el desprecio del orden del ser, en vistas a suplantarlos por ente-lequias inventadas racionalmente. Así, el ser histórico de España, una «nación de naciones» fundidas en amor y dolor por vínculos espirituales comunes, es sustituida por una nación fundada en una corrosiva religión secular que sólo provoca enemistad entre sus miembros, discordancia de pareceres e injusticia política.

Seguiremos defendiendo con denuedo la visión tradicional de España y profesando nuestro amor a Cataluña, nación cuyo ser histórico funde su vida en una unidad espiritual que se llama España. Y no callaremos, por más que los fanáticos, ya tocando la boca o ya la frente, silencio nos avisen o amenacen miedo.

(ABC, 18-II-2019)

## 8. Las palabras de la tribu

Muchos lectores y amigos queridos me preguntan por qué razón me inmolé, defendiendo el concepto genuino de «nación», que mucha gente ya no puede comprender, intoxicada por las distorsiones modernas. A ellos dedico este artículo.

La misión de un escritor es, como nos enseña Mallarmé en su célebre poema ante la tumba de Poe, «dar sentido más puro a las palabras de la tribu». Cuando dejamos que ese sentido puro sea oscurecido hemos brindado la victoria al enemigo. Cuando era niño, me sorprendía mucho que los curas cursis llamasen a las hostias «pan eucarístico», «formas consagradas» y otras expresiones relamidas, dejando que los enemigos de la fe impusieran entretanto la acepción malsonante de la palabra. Así, con el paso del tiempo, se ha llegado a enfangar por completo el sentido originario de esta hermosa palabra, hasta el extremo de que hoy ya casi ningún católico la usa sin rubor, aunque en ella se cifre la naturaleza sacrificial y milagrosa de la misa y, por lo tanto, el corazón mismo de la fe católica. Algo semejante ocurre

con el término «nación», que durante siglos aludió a los pueblos ligados por tradiciones propias, por una lengua y literatura propias, por leyes e instituciones propias, que en un largo y providencial proceso histórico se fundieron, gracias a la amalgama de una fe común. Esta España entendida como «nación de naciones» hermanas (a la que nuestros clásicos, empezando por Cervantes, tantas veces llaman «las Españas») que se acogen a una común paternidad divina, es la España (hoy reducida a escombros) en la que me reconozco; pero también –como nos han recordado pensadores tan diversos como Menéndez Pelayo o Unamuno– la única España posible. Pues, como nos enseña Chesterton, cuando se pierde la idea de aquel cristianismo que dio lugar a las naciones, se acaba perdiendo la conciencia nacional.

A perder esa idea y esa conciencia contribuyó enormemente, desde luego, el concepto liberal de nación, que adulteró el sentido originario de la palabra, inyectándole el veneno de la soberanía y la autodeterminación. Este veneno disolvió la amalgama que hasta entonces había garantizado la unidad de aquella vieja nación de naciones, mandando a Dios al cuarto trastero; y los hombres endiosados (autodeterminados) necesitaron desde entonces, para ser nación, constituirse como Estado. Este veneno es el que alimenta los postulados del independentismo, que no concibe la existencia de naciones sin Estado, porque (con irreprochable lógica liberal) considera que toda nación que se precie debe proclamarse soberana y autodeterminarse. Este veneno, en fin, ha desbaratado España, cuyas naciones desde entonces ya sólo pueden permanecer malamente pegadas mediante lo que Unamuno llama la «liga aparente de los intereses» (o sea, mediante conveniencias coyunturales y pasajeras), porque la amalgama que las mantenía auténticamente unidas ha sido corroída y finalmente suplantada.

Me siento muy orgulloso de haber puesto sobre el tapete el sentido genuino de la palabra «nación», asumiendo la encomienda de Mallarmé. Y me ha resultado muy instructivo y paradójico que sean precisamente los paladines del concepto venenoso de nación que ha arruinado la unidad histórica de España quienes han reaccionado como posesos. Como

nos enseña Cernuda, hay insultos que son «formas amargas del elogio»; y no hay insulto más honroso que el de quienes están imbuidos de odio teológico. Pues en el intento de oscurecer el sentido más puro de ciertas palabras hay (aunque los furiosos o posesos no lo sepan) odio teológico. Y no hay mayor bienaventuranza que ser insultado, perseguido y calumniado por causa de quien quiso que España se constituyese como una nación de naciones.

(ABC, 23-II-2019)

## 9. Sin solución

Aunque los demagogos se llenen la boca con fórmulas tan mágicas como difusas, lo cierto es que el llamado «problema catalán», en las circunstancias presentes, no tiene solución.

Se trata de un problema irresoluble en el plano teórico, porque el concepto de autodeterminación se halla inscrito en el ADN del liberalismo y de todas sus ideologías sucedáneas, a derecha e izquierda. Frente al concepto de libertad aristotélica, que es la capacidad que el ser humano tiene para obrar como se debe dentro del «orden del ser», la libertad liberal es la capacidad para abandonar el orden del ser y autoafirmarse soberanamente a cada instante. O sea, la «libertad del querer» de la que hablaba Hegel, una libertad «verdaderamente infinita cuyo objeto no es para ella otro ni un límite, sino que es ella misma». Esta libertad para configurar nuestra vida a nuestro antojo convierte a cada persona en un monarca absoluto que puede independizarse de su familia (divorcio), de la vida que se gesta en sus entrañas (aborto), de su propio cuerpo (cambio de sexo), incluso de su propia vida, asegurando además que alguien le ayude a hacerlo (eutanasia). Y, destruyendo el orden ontológico, esta libertad que se autodetermina a cada instante ha destruido toda forma de vida comunitaria auténtica. La sociedad liberal, al no reconocer un «orden del ser», suplanta los vínculos naturales entre las personas por vínculos puramente contractualistas, dando lugar a una forma de coexistencia



horrenda, una sórdida «disociedad» por mera agregación de individuos que se soportan a duras penas, en virtud de un «contrato social» vigilado por leyes y otras medidas coercitivas. En esta «disociedad» crecen personas cada vez más solipsistas, cada vez más infatuadas del supermercado de derechos que les permite independizarse de su cónyuge, de su hijo gestante, de su entropierna, de su vida.

¿Alguien en su sano juicio piensa que en una «disociedad» así, donde cada persona puede independizarse del «orden del ser» cuando le apetezca, se puede evitar de forma convincente que los catalanes se independicen del resto de España, si así les apetece? Es tan demencial como exigirle a una persona a la que antes hemos permitido que se alimente de excrementos que no eructe. Para evitarlo se podrá, desde luego, aplicar leyes también contrarias al orden del ser, ese barrizal positivista que algunos cínicos llaman «Estado de Derecho». Y se podrá evitarlo también, desde luego, repartiendo leña cada vez que se monte una algarada en las calles de Barcelona. Pero el veneno que ha pisoteado el orden del ser, destruido la vida comunitaria y emponzoñado el concepto de nación permanecerá incólume. Y quienes tratan de reducir sus efectos disgregadores con delirios uniformizadores no harán sino acrecentar el sentimiento separatista. Porque España nunca fue una «nación de gentes libres e iguales», sino diversas naciones de gentes diferentes, vinculadas por un ideal espiritual común.

Sólo cuando reneguemos del concepto nefasto de libertad liberal y aceptemos un «orden del ser» podrá solventarse el problema catalán. Entretanto, además, será también irresoluble en el plano práctico, porque nuestros gobernantes (o quienes aspiran a sucederlos) son demagogos de la peor calaña, ventajistas que sólo rinden culto a las encuestas, gentecilla vacua e inane sostenida sobre currículos apócrifos y doctorados de chichinabo, botarates con ínfulas que sólo destacan por su tacticismo maniobrero, sin percepción alguna del bien común, con una visión gallinácea que sólo atiende al interés de su secta. Cuando hayamos renegado de esa libertad venenosa que ha destruido la vida comunitaria y nos ha convertido en masa cretinizada y satisfecha de su

degeneración sin otro ideal que la esclavitud confortable, podremos aspirar a estar gobernados por hombres nobles capaces de solucionar el «problema catalán».

¿Y qué es un hombre noble? Leonardo Castellani lo definía así: «Es un hombre de corazón. Es un hombre que tiene alma para sí y para otros. Son los capaces de castigarse y castigar. Son los que en su conducta han puesto estilo. Son los que no piden libertad sino jerarquía. Son los que se ponen leyes y las cumplen. Son los capaces de obedecer, de refrenarse y de ver. Son los que odian la pringue rebañega. Son los que sienten el honor como la vida. Los que por poseerse pueden darse. Son los que saben cada instante las cosas por las cuales se debe morir. Los capaces de dar cosas que nadie obliga y abstenerse de cosas que nadie prohíbe». O sea, como la caterva a la que tenemos hoy que votar.

(*XL Semanal*, 11-XI-2019)